

Visita-entrevista a Carlos Gorriarena

En marzo del 2006, la directora del museo realizó una visita –entrevista al maestro Carlos Gorriarena en su casa taller del barrio de San Telmo de la ciudad de Buenos Aires. Uno de los motivos de esta visita, además de conocer y ahondar en la historia visual del artista, fue seleccionar el corpus de obras que vendría al MAC para una exposición durante el mes de Septiembre del mismo año. La charla derivó en sucesivas anécdotas impregnadas del Buenos Aires popular que tanto inspiró al maestro Gorriarena. Grababa en su memoria a fuego, tanto la ciudad como su gente fueron son y serán el motivo y tema de sus pinturas. Los niveles de expresividad que desarrolló Gorriarena en su obra fueron contundentes desde sus primeras etapas de realizador, cada época evocada en sus obras hace que uno se detenga, se instale frente a ellas y no pueda dejar de mirar ya que ahí en una sola imagen el maestro puede captarlo todo.

La actualidad de la obra de Gorriarena muestra esa cotidianeidad tan brutal como poética que hacen a la conexión directa con su estilo, luego de unas horas la conclusión del propio Gorriarena en la charla tuvo tintes melancólicos, refugiado en su taller nos cuenta que en algún momento creyó que a través de la pintura podía cambiar la vida de las personas, podía denunciar, perseguir algunos ideales, ser partícipe necesario de su tiempo y comprometerse profundamente con ideas claves de la historia social argentina. Si bien creyó esto durante muchas décadas, hoy por hoy considera que los artistas viven atrapados en una compleja red que niega el acceso a la realidad, que les da información inútil para realizar cambios y que por más que se arroje toda la fuerza expresiva sobre las obras, tiene la certeza de que no puede hacer cambios con ella. Esto cambio a través del tiempo y fue dándole pautas de que la pintura no puede cambiar la realidad por más que quiera.

Fue una tarde amena, con mucho café de por medio, carcajadas a cada rato que venían de anécdotas de lo más inesperadas. La nota autorretrato que sigue a continuación da cuenta de la vida de Gorriarena en ese Buenos Aires tan querido para él.

Lic. Stella Arber

Directora del MAC

Ser artista hoy

Comienzo estos apuntes sobre el tema que nos reúne hoy con dos recuerdos. En el otoño de 1981 encontré al maestro Antonio Berni en el consultorio de nuestro común amigo el Dr. Ricardo Cánepa. Me contó que estaba exponiendo en la Galería Velázquez, de la calle Maipú. Fue su última exposición. En ella mostró un gran mural, que había cedido a un cura amigo para su parroquia, rodeado de obras extraordinarias: el actualmente célebre Cristo de la motocicleta. Le pregunté sobre el carácter de la muestra y me contestó más o menos esto: "... y, voy a tener que dar examen frente a los jóvenes. Si no estás bien te pasan por encima... Éste es el aspecto negativo de

la cosa. Lo positivo es que tenés que seguir siendo siempre joven. En Buenos Aires lo último que hacés puede borrar toda tu vida... ".

Años después yo estaba con un amigo viendo una exposición cuando apareció, siempre a pasos apresurados, Del Prete, que por esa época ya había cumplido 85 años. Me llamó la atención que apretujaba a un costado de su cuerpo un paquetito. Pregunté en voz alta:

-¿Qué llevará ahí... sus recuerdos?

-¡No! ... seguramente una milanesa, me contestó el dueño de la galería que se nos había acercado. Del Prete, como todos los mediodías de su vida, se dirigía a su taller.

Creo que estas dos anécdotas iluminan de algún modo sobre las circunstancias de vida de artistas consagrados y también sobre puntos de coincidencia y puntos de divergencia de los más veteranos con los más jóvenes.

Por suerte, Berni se mantuvo extremadamente vital y creativo hasta sus últimos días. Hagamos un esfuerzo por soslayar fechas y nacionalidades y pensemos hipotéticamente qué hubiera ocurrido con James Ensor si en vez de nacer en Ostende hubiera nacido en Buenos Aires. Este pintor produce su mejor cuadro, La entrada de Cristo en Bruselas, a los 28 años y muere a los 89 años. Ensor, después de sus 45 años, no produce obras demasiado destacables. Sin embargo, cuando desaparece, el dolor embarga a su nación y hoy sigue siendo venerado como un dios.

Para ser más claro aún: pienso que una característica de nuestro mundillo cultural y lo que es peor, de nuestro país, es el irremediable olvido cuando un artista decae en su producción. La no objetivación de un accionar, el no resguardo de un hacedor, el no poner el acento en lo positivo de una vida.

Después del advenimiento de la democracia, este museo realizó dos muestras de Antonio Berni: la del 84, que curó Marta Nanni, y la del 97, que curó Glusberg. Como en la primera retrospectiva yo fui uno de los cuatro pintores invitados para explicar al público aspectos de la labor del maestro, me fijé al detalle en cada una de las obras expuestas. La enorme mayoría de ellas, todo lo que constituía en esencia su pasión y su gloria como artista, estaba en poder de sus hijos. Es decir, no habían sido compradas por nadie. ¿De qué vivió el que seguramente es, si no el mejor pintor, sí el más importante? De su obra gráfica, pero fundamentalmente de una obra pictórica de un carácter menor. Anotemos que un contemporáneo suyo, Francis Bacon, vendió a la burguesía inglesa lo mejor de su producción, desde sus sanguinarios retratos a escenas que algunas veces lindan con lo escatológico. Bacon vivió de lo que constituye su pasión y su gloria. Antonio Berni tuvo la sabiduría de crear una obra pictórica que de algún modo puede ser considerada paralela. Digamos, con algo de ironía, que Berni hizo acá lo que Constable hizo en su Inglaterra de principios de 1800. Salvemos las distancias, pero este gran pintor inglés pintaba un cuadro para él y otro para el previsible comprador. Por supuesto que si nos fijamos en el catálogo de la magnífica última retrospectiva de Berni, algunas de sus obras han pasado a manos privadas u oficiales. Pero no son tantas como habría que esperar. Una apresurada, o no tanto, conclusión puede hacernos pensar

en que nosotros, los argentinos, sufrimos de cierta "esquizofrenia artística". Aquí el prestigio generalmente no significa ventas, esto es bien claro en el caso de Del Prete. No tenía la capacidad de crear una obra menor. Cuando vendía un trabajo, llamaba a sus amigos más queridos para festejar.

Es indudable que en un país central es más claro, menos difuso todo lo que caracteriza y separa a un artista novel de otro artista con carrera establecida -se me ocurre que lo de carrera establecida es un buen deseo-. Quizás nos separa una cuota de prestigio con ciertos masajeos del ego, pero en muchos otros aspectos viajamos en el mismo bote en medio de la tormenta.

Dejemos de lado aquel lúcido pensamiento de Robert Hughes, el crítico australiano que vive y trabaja en los Estados Unidos, sobre que a los artistas más importantes de los países periféricos nunca les conforma totalmente el éxito en sus propios países y siempre están esperando el espaldarazo de algún país central. Porque, indudablemente, esto no les ocurre solamente a los veteranos.

En París o Berlín es raro que un artista de alguna importancia envíe o compita con los más jóvenes en un salón oficial o semioficial. Estos salones representaron al oficialismo del siglo XIX. Pero no nos equivoquemos; esta actitud no significa un homenaje a Van Gogh, Cézanne o Gauguin, los grandes olvidados del antiguo oficialismo. Sencillamente que París, Londres, Nueva York o Berlín tienen un mercado más o menos sólido, el mal llamado "mercado internacional", que si bien se convierte día a día cada vez más en un neo-oficialismo, también es cierto que, a diferencia del oficialismo del siglo XIX, contiene en sus bodegas todo, desde lo más mediocre a lo más notable.

Nuestro mercado local es débil. La demanda es poca y no lo suficientemente ecléctica. Salvo rarísimas excepciones, no exportamos obras. Esta situación hace que artistas de extensa trayectoria envíen a los salones oficiales y compitan con los más jóvenes con la aspiración de obtener un premio que les signifique un subsidio de por vida. En la Argentina, debido a la orfandad del conjunto, nada es desechado totalmente. Entonces también los salones privados acentúan la competencia. Competencia en la que generalmente pierden los más jóvenes y no siempre por la calidad de sus trabajos. Pero también existen concursos con premios importantes con limitaciones de edad, lo que provoca reacciones "non sanctas" de los más veteranos.

En fin, hay muchas cosas. Pienso que muchas de estas cuestiones se solucionarían con la participación del arte argentino a nivel internacional. ¿De qué modo? Yo soy un pintor. No tengo la menor idea. ¿O sí?... Pensemos que si esto no cambia, lo que hoy sufren los -mayores será el futuro de los que hoy son jóvenes.

Carlos Gorriarena, en: Ser artista hoy, Tercer Semirio de Arte, Edword Shaw (coordinador), Universidad Torcuato Di Tella, Editorial Escuela Talleres Gráficos Manchitas, Avellaneda, abril de 2000.